

Prólogo

Cuando somos jóvenes nunca nos damos cuenta de la importancia que tienen los segundos, las décimas de segundo, las centésimas de segundo, las milésimas de segundo. Cuando somos jóvenes la vida es eterna. Y fechas, que son solo eso, números determinados que relacionamos en nuestro cerebro con un acontecimiento en concreto.

Yo no soy de recordar fechas, y si pasa un tiempo sin que recuerde una fecha en concreto o alguien me la recuerde, me olvido por completo. De ahí que solo me acuerde de los cumpleaños de mis amigos cuando la agenda me da un aviso.

No recuerdo fechas de comienzos ni de finales, tampoco de días especiales. Aunque, a veces, me sorprende, y recuerdo una fecha de un algo o de un alguien que no había tomado muy en cuenta. Pero en realidad, las fechas solo indican un acontecimiento pasado. El pasado, qué precioso es y a veces cuánto duele.

Tener algo tan especial dentro de ti y desear por todos los medios expresarlo, saber que tu existencia se fundamenta en base a ese don que el Universo te ha dado. Sé y

me imagino que habrá personas que no sean capaces de entenderlo, pero incluso en su ignorancia son privilegiados. La felicidad es tan relativa en todos los casos...

Pero la muerte llega, así también como llega el final de cualquier cosa. Luego llega de nuevo la vida. Lo más doloroso es que la muerte llegue cuando menos lo esperas, sin avisar, y demasiado pronto para ti misma y para aquéllos que te precisan en su vida.

No sé lo que es morir, ni tengo impaciencia de saberlo, de hecho, sería perfecto si no lo supiera nunca. Pero sí sé lo que es estar muerta en vida, sé lo que es tenerlo todo y perderlo en un golpe de mala suerte. Sé tantas cosas y me considero tan joven aún que me siento privilegiada, porque siento que aún me queda demasiada vida.

A veces te crees tener entre manos algo tan grandioso que no eres capaz de abarcarlo. Lo más lógico es que te tomen por loco. Lo más lógico es que lo estés. Es como creer o no en la magia, está presente en nuestros días, pero ¿hay algún adulto que no piense que se trata de un truco?

Es difícil volver a creer en un *Principito*, mirar a las estrellas y saber que éste te está mirando mientras guiña un ojo.

Hace falta estar preparado para crear algo puro, algo bello, algo que sale del alma, del corazón. Algo que jamás serías capaz de contarle a nadie por miedo, pero sin embargo, algo que necesitas que todo el mundo sepa. Es algo maravilloso poder expresar, de cualquiera de las maneras, ese algo que tú mismo desearías poder encontrar en la vida, aunque solo fuera por un mínimo instante, antes

de que ésta finalice. Algo por lo que pienses: «mereció la pena haber llegado hasta aquí».

Se puede creer en la belleza del todo, se puede creer en la más completa oscuridad, en los ángeles y en los demonios. Pero cuando crees realmente en ti mismo, cuando te sientes realmente con todas tus fuerzas, cuando te amas con pasión, con locura, de un modo ciego. Es en ese mismo momento cuando realmente puedes comenzar a amar todo lo demás. La vida, el mundo, la naturaleza, las personas, la música, la literatura, el teatro, el cine, las flores, las fragancias, los poemas, las sonrisas, la suavidad de la ropa y de las caricias... Cuando tienes los ojos tan hinchados y agotados, pero tu vista se mantiene perfecta. Cuando exteriormente eres toda fealdad pero interiormente tu belleza te desborda. Cuando eres capaz de entregarte sin esperar nada a cambio. Cuando eres una oruga, un gusano, pero los demás pueden convertirte en una bella mariposa de colores. Es en ese mismo momento cuando puedes empezar a vivir y a sentirte un ser valioso e importante para la existencia, un eslabón imprescindible para cobrar a todo esto de un sentido, de algún sentido.

Si tú no estás, una parte de mi corazón estará triste, esa parte que lleva tu nombre. Yo no puedo dar los pasos por ti, pero quiero andarlos contigo.

El Universo. Qué delicia son las conspiraciones del Universo.

Capítulo 1

Llovía. Era de noche y simplemente llovía. Era un hecho sencillo, pero cuando solía caer la noche todo cobraba un sentido más atractivo a lo que suponía enfrentarse a las cosas mundanas en plena luz del día. Ahí apoyada, sentada en el alféizar de la ventana de mi habitación, enredada en esa antigua y gris ciudad llamada Madrid, ciudad a la que odiaba y amaba con la misma intensidad, mis ideas fluían como arroyos de un río embravecido. La música que surgía del piano de Jo Blakenburg conseguía unirme a ese músico alemán y soñaba despierta con la idea de estar presenciando uno de sus conciertos.

Llovía, sí. Madrid lloraba esa noche. Era tan conmovedor. Era romántico. Abrí la ventana ligeramente y extendí la mano hacia el exterior. Sentí la frescura de esas *blue tears*. En mi reproductor de música ahora escuchaba *Hurt*, de un tal grupo llamado The Nøst, posiblemente noruego. Una canción que conservaba desde hace años.

El norte siempre había formado parte de mí. El frío, el verde intenso del césped de los parques londinenses, el rocío en los zarzales de la pequeña aldea asturiana de mi padre, la contemplación del mar del Norte al anochecer,

la húmeda bruma cargada en el ambiente de la ciudad de Donosti, los cuatro grados bajo cero de un febrero en Burgos... definitivamente, me sentía identificada con las tardes grises en un invierno helador. Me movía como pez en el agua en ese ambiente tan real o ficticio como cada uno pudiera llegar a percibir. Porque en realidad casi toda mi vida la he vivido en Madrid, en un Madrid histórico y conservador que poco me inspiraba. Pero cuando tocaba experimentar las noches de lluvia fresca, me subía al alféizar de mi ventana y me evadía a todos aquellos lugares, a todas aquellas sensaciones únicas e irrepetibles, servidas en frasco cristalino y pequeño.

Pensé en todas las posibles personas en el mundo que se pudieran sentir tan solas y tan inmensamente felices a como me sentía yo en este momento. Había perdido tantas cosas a lo largo de mi vida, tantos momentos, recuerdos, ilusiones, deseos, personas..., pero en realidad sabía que el término «perder» no existe. Según mi diccionario, «perder» era definido como «dejar de tener, o no hallar uno la cosa que poseía». Qué estupidez. ¿Es que acaso existe algo que uno pueda poseer o tener? Si ni siquiera me tengo a mí misma.

Hace exactamente un año y un mes del fallecimiento de mi madre. En estos momentos quería decirle cosas importantes. Quería que supiera que esa felicidad en soledad que experimentaba la había creado ella. Quería decirle que la sentía a mi lado, que sabía que nunca me había abandonado, que nunca la había perdido en realidad. Recordé las noches en las que, como en ésta, no conseguía dormir y ella me acariciaba con suavidad el cabello

para relajarme y evadirme al extramundo onírico. Mi madre estaba ahí, conmigo, a mi lado, y el hecho de sentir su calor tan cerca de mí me producía lágrimas internas que solo conseguían aflorar en mi garganta. Lágrimas que no veían del exterior, pues al notarlas en mi garganta, tragaba saliva y volvían a mi estómago. Me sentí egoísta de no querer compartir esas lágrimas con el aire de mi habitación.

Crear algo sencillo y bello. Ésa era mi intención. Algo que produjera un recuerdo inolvidable en todo aquel que pudiera contemplarlo. Pero, qué.

*Yo quisiera dar los pasos por ti,
pero no puedo marcar tu camino,
debes crear los pasos tú sola,
pero yo quiero andarlos contigo.*

Era bonito, pero no era perfecto. En realidad ni siquiera era un poema, tan solo se trataba de la traducción de una canción nórdica.

Continuaba lloviendo y la noche cada vez se hacía más oscura. Eran ya las cuatro de la madrugada. Mañana entraba a trabajar a las once. Observé con detenimiento las fotos enmarcadas que colgaban en mi habitación. Desde el fallecimiento de mi madre me dediqué a modificar la decoración de la que había sido su casa. Cierto es que al hacerlo sentí cómo la traicionaba y dejaba a un lado todas aquellas cosas que ella había deseado para su hogar. Pero sabía que debía crecer, expresarme, crear un mundo mío, propio, con mi absurdo estilo alternativo, todo ese rollo de colores alegres y vivos que me ayudaban a no estar muerta,